

TODO ESTO ARDERÁ

No llevaba nada por debajo del ombligo. La escueta mata de pelo castaño y suave se alzaba en un revoltijo encrespado, como el flequillo de un bebé después de un mal sueño. Eva no se acercó a ella en seguida. Dejó pasar un rato, mirando hacia la cama. La chica dormía; no había ninguna razón para darse prisa. Lentamente, guardó el revólver en la sobaquera que pendía a su costado izquierdo y deslizó sus dedos en el bolsillo trasero del pantalón en busca de la navaja automática. No sacó la hoja hasta haber cruzado la puerta y alcanzado los pies del catre.

Cortó primero las cuerdas de los tobillos. Las piernas se flexionaron al quedar libres, apuntando las rodillas hacia el cielo raso. Eva vio pinchazos en ambos muslos. También volvió a fijarse involuntariamente en la mata de pelo. Tuvo la estúpida idea de que aquellos pliegues de carne estaban demasiado separados entre sí para haber vivido únicamente los quince años que tenía la chica. Cortó las ligaduras de las muñecas. Los brazos se encogieron con un agarrotamiento artificioso y el cuerpo drogado se movió sin demasiado énfasis hacia un lado del colchón. Hubo un quejido de muelles maltratados. Un estremecimiento súbito al término de una aspiración hizo temblar los pechos bajo la seda negra.

El cuarto apestaba. El alcohol barato destacaba entre una mezcla obscena de olores corporales, igualmente baratos. La ventana estaba cerrada y las sucias cortinas parecían implorar un soplo de aire que las reanimase. Eva sintió un repentino malestar. La respiración de la chica comenzaba a hacerse más audible, suave y renqueante. La dejó dormir y regresó al salón.

Estaba más tranquila ahora, dispuesta a disfrutar la grave sensación de calma tras

la tensión, desaparecidos el ruido y la adrenalina. No quería pensar en nada que pudiera perturbar eso. Pasó junto a Berto y el sofá desvencijado. Sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno entre los labios, pero no lo encendió. El lugar no podía resultar menos agradable a la vista, con sus paredes de bloques de hormigón sin enyesar y su mobiliario rescatado de algún vertedero. El olor se hacía más penetrante a cada segundo. El calor hacía lo suyo por empeorar la situación. Allí dentro se hubiese podido asfixiar una cucaracha.

Aún no había llegado a salir al exterior cuando vio el humo a través de la mosquitera. Venía de dentro de un cobertizo, en la parte posterior de la casa. Bajó los escalones y fue a comprobar lo que sucedía. En el descampado el sol actuaba de forma despiadada. Sin viento, sin brisa... Sólo el calor. Hasta los pinos de alrededor parecían sudar. En el cobertizo había una parrilla. Un buen montón de chuletas de ternera se carbonizaba sobre un grueso de troncos que ardía en un revuelo llameante. Los cretinos se habían dejado la comida a medio hacer.

Estela yacía despierta sólo a medias. Un sueño absurdo y poco definido seguía gravitando sobre los trazos de la habitación, que poco a poco se iban enfocando en sus ojos. Tardó un rato en recobrar la conciencia por completo y otro más en recordar la situación en que estaba metida. Recuperó la situación en el mismo punto en que la había dejado la noche anterior. Su cuerpo estaba encogido, apretado con fuerza en posición fetal. Eso le recordó algo. Como impulsada por un pensamiento súbito, echó un vistazo a sus muñecas. Su expresión apenas varió al descubrir las ligaduras que pendían por debajo de sus manos, como colgajos puestos a secar. Vio también los trozos de cuerda amarrados a sus tobillos y después los de los extremos de hierro de la cama. Vio su cuerpo medio desnudo y tiró apresuradamente de la parte baja del camisón hacia los

muslos. Al hacerlo, la parte desgarrada en la cadera derecha se abrió un poco más.

Aparte de un zumbido esporádico la casa estaba silenciosa. Tan silenciosa como no recordaba haberla sentido hasta el momento. Decidió que quizás valiese la pena hacer un esfuerzo por salir de la cama.

En el salón, tirado detrás del sofá, estaba Berto. Sus pies embutidos en unos calcetines roñosos apuntaban a la puerta de entrada de la casa y sus brazos abiertos en cruz parecían los de un hombre que jugase a hacerse el muerto en una piscina. Estela supo que era Berto por su inmensa barriga y su mono vaquero manchado de barro. Un grupo de moscas había descubierto su maná particular. Revoloteaban alrededor en vuelos cortos y se posaban sobre los trocitos de carroña donde antes había estado la cabeza del hombre. De ahí procedía el zumbido que había escuchado desde la cama.

A Estela le daba un poco de asco todo aquello. El ambiente cargado de la casa la mareaba. Su cuerpo parecía rezumar sudor de manera constante, como un globo lleno de agua que se estuviera vaciando por un millón de pinchazos minúsculos. El camión negro le venía pequeño, se adhería a ella como una segunda y molesta piel. Ellos la habían obligado a que se lo pusiera. Lo habían echo y se habían reído de ella porque sus pechos no alcanzaban a llenar la capacidad del escote. La habían insultado y escupido en la cara. Recordaba el aliento de Berto como si aún lo tuviese pegado a la nariz.

Ahora Berto olía muchísimo peor. Estela se preguntó si se habría cagado antes o después de perder la cabeza.

Un ruido la sobresaltó. Venía de detrás de la casa y sonaba como si alguien estuviera echando huevos en una sartén. Obedeciendo a un primer impulso, corrió a meterse de nuevo en el dormitorio. Las puntas de sus pies la frenaron en el momento en que iba a caer sobre el colchón.

No podía tratarse de nada malo. Había visto a Berto sin cabeza. Y de ser Alfonso

el responsable de aquello, ella hubiese seguido amarrada a la cama.

Cruzó el salón. El sol agredió sus ojos a través de la mosquitera. Sabía que estaba asustada, aunque su corazón apenas hubiese aumentado el ritmo de sus latidos. El ruido se estaba apagando y ya sólo se oía un ligero crepitar, lejano como el zumbido de las moscas. Alcanzó el patio trasero y se quedó parada al pie de las escaleras, contemplando la columna de humo que emergía del cobertizo. Luego la vio salir a ella, por entre las densas bocanadas, con un pozal vacío balanceándose en una mano y un cigarrillo por encender en la comisura de los labios.

Sabía que era ella, aunque se la había imaginado de mil formas distintas y ninguna había resultado fiel a la realidad. Su descripción mental estaba condicionada por conversaciones captadas desde fuera, de hombres que siempre se habían referido a ella en términos exagerados, ofensivos. La imagen real impresionaba más. El físico delgado y fibroso no resultaba tan hombruno como ella había pensado, pese a carecer de curvas pronunciadas. Pero al mirarla, su rostro acaparaba toda la atención: los oscuros y hundidos ojos de sapo, la nariz larga y recta entre mejillas chupadas y la boca gruesa un poco salida sobre la barbilla. Su atractivo radicaba en aquel semblante crudo. Tenía el pelo negro y corto, sin peinar. Vestía pantalones y chaqueta vaquera.

Eva no había reparado aún en Estela, que seguía mirándola desde el pie de las escaleras. Lanzó el pozal sin mirar a dónde y éste hizo un ruido estúpido, rebotó varias veces y rodó sobre la tierra árida. Sacó un zippo del bolsillo superior de su chaqueta. Su boca expulsó dos chorros abundantes de humo por ambos lados del cigarrillo, que parecía adherido a su labio inferior. Entonces la vio. Y clavó en ella sus ojos hundidos.

Estela sintió como sus pechos se ponían en marcha, tiritando bajo el sol castigador.

La cría la estaba observando. Quieta allí, como el ciervo que se queda paralizado ante los faros del coche que lo va a arrollar. La droga seguiría haciendo su efecto y la chica todavía tardaría un rato en poder reaccionar. Eva confiaba en ya no estar a su lado cuando esto sucediese. Dio otra larga calada y tomó el cigarrillo entre sus dedos. La chica reaccionó de pronto llevándose una mano a la cabeza y arreglándose el cabello. Los brillos en su negra mata se agitaron desde la lisa caída hasta las puntas que se rizaban hacia fuera sobre los hombros. Sin fijarse en nada, Eva lo vio todo. La piel suave, las formas bajo la escueta pieza de seda negra. Y confió en poder largarse de allí lo antes posible.

Estela la sintió acercándose, con las últimas nubes de humo diluyéndose a su espalda, contra el cielo.

-No tardarán en venir a por ti -la oyó decir-. Podrás regresar a tu casa.

No logró pronunciar nada. Se puso un antebrazo sobre el pecho, tapándose el escote.

Eva estudió la reacción durante un instante. Luego dijo:

-No sabes quien soy.

-¡Sí! -soltó de golpe.

Ella la miró y asintió despacio con la cabeza.

-Te han hablado de mí. -No llegó a sonreír pero pareció esbozar un leve gesto de sarcasmo, más para sus adentros que para la chica. Sus ojos grandes eran ahora dos ranuras.

Estela volvió a callar.

Con las ventanas abiertas la casa parecía respirar mejor, aunque el hedor estuviese aún presente. Eva cogió a Berto por los tobillos y lo arrastró hasta el cuarto

donde había dormido Estela. Las moscas se fueron con él y se quedaron a hacerle compañía. El cuarto quedó cerrado. Encontraron en la cocina un termo con café todavía templado. Eva se lo dio a la chica y le dijo que sería mejor que se sentara a reposar en el sofá mientras ella terminaba lo que quedaba por hacer.

-¿Qué ha pasado con Alfonso? -preguntó Estela.

-Lo mismo que con el otro.

La boca del termo era demasiado grande. Dos regueros oscuros escaparon por las comisuras de la boca de Estela, rodearon su barbilla y le bajaron hasta el cuello.

-Me han violado- dijo con voz opaca.

Eva intentaba desatracar el seguro de una de las ventanas del salón. Se giró hacia la cría que la miraba con ojos vacíos, como botones de marfil en una blusa nueva, aún por estrenar.

-Ya me lo imagino -dijo en un tono igual de neutro. Deseaba poder evitar la conversación.

-Los dos... Varias veces.

Eva le dio de nuevo la espalda y volvió a tirar del seguro con más fuerza hacia arriba. Las piezas de hierro oxidado parecían soldadas a causa del tiempo.

-¿Te lo han hecho a ti alguna vez? -preguntó Estela.

El seguro se negaba a ceder. Eva se separó de la ventana, agarró una silla desvencijada con ambas manos y arremetió. La lluvia de cristales fue a parar por entero sobre la hierba muerta del otro lado.

-Te he hecho una pregunta -insistió la chica.

Eva paseó la mirada por el salón, evitando centrarla en la chica. Dijo:

-Será mejor que le expliques todo eso a tu padre en cuanto le veas.

-¿Que más da? Ahora ya no podrá vengarse.

-Eso ya lo ha hecho- dijo Eva con voz ausente.

Estela subió los pies al sofá y los acurrucó bajó sus nalgas. Una gata dando calor a sus cachorros.

-Sí, es verdad. Pero le va a joder igualmente. Esa era la idea, ¿no? Querían joderle y lo han hecho. El cómo hayan acabado es lo de menos. No importa una mierda.

Esta vez Eva sí la miró. Simplemente se la quedó observando sin saber muy bien qué pensar. Podían ser las secuelas de la droga, o la negación inmediata a una experiencia traumática. Lo único cierto era que la cría no actuaba como hubiese sido de esperar.

Estela no soportaba tanto silencio.

-¿Te quedan cigarrillos?

De nuevo sintió aquel extraño estremecimiento cuando ella se acercó al sofá. Eva sacó el paquete de tabaco y golpeó el extremo hasta que uno de los filtros asomó por el borde. En lugar de alzar la mano, Estela acercó la cabeza, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua hasta haber atrapado el filtro entre sus labios. Entonces extrajo el cigarrillo del paquete echando la cabeza hacia atrás con un movimiento de su cuello. Eva le acercó la llama del zippo. La primera calada fue inexperta, pero Estela no tosió. Intentó soltar el humo con un estilo amanerado.

-Antes no quería fumar- dijo, contemplando la punta incandescente-. La salud y todo eso... Pero después de hoy creo que puedo empezar a tomarme la vida de otra forma. ¿No te parece?

La tapa del zippo se cerró con un chasquido metálico. Eva seguía contemplándola. El camisón de seda con encajes en los bordes, que apenas cubría la curva de sus caderas, mostraba una rasgadura en el costado derecho hasta la cintura. Las marcas de los arañazos en sus muslos torneados eran como trazos de carmín que algún

mocoso hubiese pintarrajeado sobre mármol blanco. La contempló de los pies a la cabeza y al llegar a su rostro la boca sonreía, la mano alzada con languidez, el cigarrillo humeante cercano a los labios suaves. Eva se sintió furiosa consigo misma.

-¿Quieres saber un secreto? -dijo Estela. Su sonrisa era pícaro, de superioridad.

-No es necesario. -Eva dejó entrever su disgusto mientras guardaba el mechero.

-No me importa que quieran joder a papá. Yo misma le jodería si pudiera. Pero estoy harta de que siempre la tomen conmigo. En vez de tener cojones y de meterse con él, van a por lo que más le duele. ¿Y qué otra cosa puede querer más papa que a su preciosa y jodida niñita? ¿Tú no lo ves así?

-No lo veo de ningún modo -contestó con sequedad.

-La primera vez tenía nueve años. No se atrevieron a violarme. Después, con trece... Mi coño no estaba preparado. Pero se metieron a fondo, te lo juro. Esa vez mi padre sí que pudo vengarse personalmente. Aquellos tres lo pasaron muchísimo peor que Berto. Lo pasaron jodidamente mal. -Un pensamiento cruzó por su cabeza.- ¿Dónde está Alfonso?

Eva tardó unos segundos en replicar:

-Exactamente donde lo dejé.

Como si hubiese escuchado un chiste, Estela se echó a reír. Intentó dar una calada y la risa la hizo atragantarse con el humo. Tosió y tiró el cigarrillo a medio consumir hacia la ennegrecida chimenea de ladrillos.

-No te gusta hablar -dijo-. No importa. Lo que de verdad quiero saber es si a ti no te gustaría joder a mi padre.

-Acabo de sacar a su preciosa y jodida niñita de un nido de serpientes.

-Ooooh -exclamó Estela-, eso no es lo mismo, querida. Lo habrías hecho de todas formas, porque no eres así. Tú le joderías de otra forma. Estoy segura.

-¿Por qué?

-A ti te hubiese matado él hace tiempo. Te tiene cogida por los huevos y tú haces lo que él te manda sin rechistar. Lo haces por comodidad, porque de no hacerlo tendrías que buscar otro modo más costoso de evitar que tu cabeza saltase por los aires.

-¿Y? -Eva era consciente de que se estaba dejando enganchar.

-Y tienes más razones para odiarle que ningún otro. Pero si te decidieses a hacerle daño se lo harías de verdad. No andarías jodiendo a una pobre criatura que nada tiene que ver con el asunto.

-Sigo teniendo trabajo que hacer -dijo Eva.

Se estaba alejando hacia la parte trasera cuando Estela se incorporó en el sofá y le habló a sus espaldas:

-¿Qué tiene papá contra ti?

Eva se detuvo a medio camino. Sin darse la vuelta, replicó:

-Si sabes tantas cosas, ¿cómo es que no sabes eso?

-Yo sólo sé lo que ellos dicen -respondió Estela en tono negligente-. Dicen que tenías un novio y que lo mataste porque él os vendió a ti y a tu amiga. Que desde entonces odias a todos los hombres y sólo te gusta follar con tías.

Quince minutos de búsqueda en la barraca destartada que servía de garaje no le habían dado lo que necesitaba. A estas alturas temía no encontrarlo ya.

La bombilla desnuda que daba luz al sótano de la casa sólo proporcionaba una visión superficial y no muy nítida del espacio. Todo era un caos. Aquello parecía el vertedero donde se hubiesen criado los muebles de arriba. Cajas de madera podrida por la humedad, herramientas inservibles formando montones aquí y allá y basura de todas las clases imaginables. Lo único positivo era que el calor no llegaba hasta allí. Ni el

calor ni el aire. El hedor que impregnaba la atmósfera hacía pensar en que uno podía abrir un agujero en la pared y encontrarse de pleno con una fosa aséptica. Eva se subió el cuello de la camiseta hasta el puente de la nariz. La llama del zippo le proporcionaba algo de luz para revisar a fondo los rincones. Rebuscar entre la mierda era una tarea detestable.

La cría la había puesto de mala hostia. Y lo peor era asumir su responsabilidad en el proceso. De no haber babeado como un anormal frente a la jodida página maltrecha de catálogo de lencería, no se habría enredado en aquella estúpida conversación. Pero el error ya se había cometido, la caja de caudales que guardaba todas aquellas cosas en las que no quería pensar había explotado y su contenido volaba en círculos por su cabeza. Una tarea detestable.

Siempre era lo mismo desde lo de Jan. Antes de eso estaba la ladrona feliz, sólo parcialmente relacionada con los hombres malos. La entrada de Brigitte no cambiaba nada. La había querido muchísimo, pero no más de lo que lo había querido a él. Y el muy cerdo lo jodió todo. Las jodió a las dos.

Había una larga lista que empezaba justo allí. Pagos a plazos que compraban su derecho a una vida y que, como pronto llegaría a comprender, podían terminar suponiendo el único motivo de ésta, si antes no hacía nada por evitarlo. Nunca había encontrado motivos lo suficientemente buenos como para hacerlo. Se alegraba de haber matado a muchos de ellos. A Berto y a Alfonso, claro, por lo de la chica, y a muchos otros más. Pero por mucho que lo intentara y lo siguiese intentando, nunca conseguiría alegrarse de haber matado a Jan.

El desprecio por la vida, la facilidad con que la sustraía, era una de las secuelas que podía comprender. Al igual que su repulsa hacia los hombres. No sucedía lo mismo con su cada vez más irrefrenable apetito sexual.

Tras una columna de cajas apiladas sobre una mesa de carpintería, había varios estantes. Le costó un gran esfuerzo derribar las cajas. Al estrellarse contra el suelo, la madera se rompió y con ella un montón de botellas vacías. Se oyó un chillido estridente. Una rata surgió de los escombros y echó a correr como si la hubiera rodeado una pandilla de gatos hambrientos. Eva acercó la llama a los estantes. Vio más herramientas herrumbrosas, bolsas de plástico con ropa vieja, botes llenos de clavos y tornillos de distintos tamaños y una lata de aceite de unos tres litros. La embargó un presentimiento lleno de esperanza. Cogió la lata y desenroscó el tapón. Luego se descubrió la nariz, la acercó al agujero y aspiró. Bingo.

Una tarea detestable.

Estela se intranquilizaba. Tirada en el sofá, se sentía débil, abotargada, pero nerviosa y agitada por dentro, como cuando se tomaba demasiadas tazas de café. La muy hija de puta la había dejado allí sola. Sólo Dios sabía cuando llegarían los capullos a recogerla, y no soportaba ni un minuto más en aquella pocilga sin compañía. El olor la asfixiaba. Había probado a salir fuera pero el calor era aún peor, y el campo la agradaba tanto como un saco de mierda.

Volvió a levantarse del sofá. Tenía sus ropas a un lado pero no le apetecía vestirse todavía. Además, si ella salía, quería que la viese de nuevo como estaba. Deseaba fervientemente mantener otro encuentro antes de que los capullos lame-culos llegasen y fuese demasiado tarde. Tenía que ver de nuevo esa expresión en su rostro. Sólo por eso, valdría la pena.

Eva la había decepcionado en parte. Se había formado tantas expectativas con respecto a la figura de la que tanto se hablaba... Ciertamente era que al escucharles ella también había sentido la tentativa de ridiculizarla, pero siempre con un poso de envidia

y admiración. La había imaginado como alguien con quien debía de tener muchas cosas en común. Incluidos ciertos intereses. Alguien con quien a lo mejor podría contar. Y por el momento, su único éxito consistía en haberla puesto cachonda. Si conseguía que accediese a hablar, quizás lograría algo productivo. Llevársela a su terreno, o algo por el estilo. Aunque si la muy zorra se obcecaba en mantener esos aires de imperturbabilidad...

Pero esa expresión...

Dio unas cuantas vueltas alrededor del salón, moviendo los brazos en aspas y dando traspies. A los pocos segundos se desplomó en el sofá. Una nube de polvo se levantó a su alrededor, como una ventisca en miniatura. Entonces se le ocurrió algo y se puso en pie de un salto.

Le sonaba haber visto unas escaleras tras la puerta que quedaba junto a la cocina. Tenía que ser ahí arriba. Subió los escalones con torpe rapidez, haciendo mucho ruido. Odiaba estar tan nerviosa. Vio dos puertas, una de ellas cerrada. La abrió y se topó con él de narices.

El espectáculo no era para tanto. Después de haber visto a Berto, Alfonso era como el telonero mediocre de una súper estrella. Aunque su antebrazo izquierdo casi se había desprendido del codo, destrozado e impregnado de sangre. Tres balas se habían alojado en su pecho, dejando a la vista algunas costillas astilladas entre la carne. A Estela solían llamarle la atención las manos. Siempre agarrotadas y rígidas, como si los idiotas buscasen aferrarse a algo en el momento de decir adiós.

Ya casi se había olvidado de la violación. Recordaba con más intensidad la de hacía dos años que la de la noche pasada. Aquella la había marcado. Después de entonces había atravesado dos fases: la de rechazo visceral hacia el sexo opuesto y la de total indiferencia hacia el sexo en general. Tras alcanzar una cierta comprensión del

porqué de aquello tan horrible, comprendía a su vez que por fin se le había concedido un arma de la que podía valerse; si era capaz de utilizarla en el momento preciso y de manera desprendida. Si joder con los hombres de Papá suponía joder a Papá, ella podía provocarlo por su cuenta sin necesidad de ninguna otra experiencia traumática. Para los capullos era un símbolo de poder que les buscaba la ruina y probablemente la muerte, para ella era un granito de arena en la destrucción de su Goliat.

Lo de Berto y Alfonso había estado mal, terriblemente mal. Pero nunca sería como lo de hacía dos años. Esto lo olvidaría, del mismo modo que desaparecería la molestia en su entrepierna.

El hedor era más intenso en compañía de Alfonso, de modo que no se entretuvo demasiado. Bajaba las escaleras cuando oyó que Eva estaba de vuelta en el salón.

El aroma de la gasolina se agradecía en comparación con el de la propia casa. Las cortinas ya estaban empapadas, al igual que los muebles de la cocina y el suelo de las habitaciones. La lata ya casi no pesaba. Eva roció los sillones y derramó un chorro más abundante sobre el sofá. Por último trazó un reguero desde el centro de la estancia hasta la puerta de entrada. La lata vacía se estrelló contra el fondo de la chimenea. Entonces apareció Estela por la puerta de las escaleras.

La chica vio a Eva e inmediatamente se puso a bailotear y hacer mohines. Eva no mostró el más mínimo interés. Cogió un trapo tirado en el suelo y se secó las manos.

Estela se acercó a ella dando saltitos, canturreando:

-Pinto, pinto, gorgorito... -Se detuvo buscando una continuación- ...La lesbiana se cae del quinto.

-Tendremos que esperar fuera -dijo Eva-. Ya no pueden tardar mucho.

-Me gusta el olor de la gasolina.

-Estupendo. Puedes quedarte si quieres y emborracharte con él. Pero yo perdería el culo por salir en cuanto viese el humo.

Así sería imposible llegar a ningún lado. Estela se cruzó de brazos, le dio la espalda bruscamente, separándose unos metros. Quizás con Eva no funcionase su estilo de niña malcriada, pero era la única estrategia que conocía y solía darle buen resultado con los capullos de bragueta fácil.

-¿No te caigo bien?

Eva procuraba dominarse para no lanzar sus ojos tras aquel trasero. No quedándole nada por hacer, su inquietud empezaba a ser más evidente.

-Ni siquiera tengo tiempo para planteármelo -dijo.

Estela se encaró de nuevo hacia ella y habló en tono de reproche:

-Para ser una lame-culos de mi padre, no me estás tratando con el respeto que corresponde.

-Échate un vistazo. Tal y como estás, podría darte una paliza y no notaría la diferencia.

-Él no pero yo sí.

-Seguro -repuso Eva.

Estela cambió de actitud. Entornó los ojos y borró el estúpido puchero de su boca.

-No respondiste antes a mi pregunta.

-¿De veras?

-¿Te han violado alguna vez? -dijo, dando dos pasos al frente.

-¿Crees que soy la clase de persona que hace confesiones?

-Creo que te pareces más a mí de lo que te gustaría.

-No te gustaría parecerte a mí.

Estela se acercó un poco más. Otro paso y la tendría casi encima. Eva reprimió el impulso de retroceder. Tampoco podía seguir desviando la mirada porque esto suponía un signo de flaqueza. Fijó sus ojos en los de ella, aunque sin excesiva fuerza. Eran del color de la madera clara, con una fina capa de barniz y el destello que anticipa la sensación de triunfo. Tras la puerta del dormitorio, continuaba el zumbido arrítmico de las moscas. La chica dio un paso y después otro más.

-Ya está bien de estupideces -dijo Eva-. Hay que salir de aquí. Van a llegar enseguida y entonces todo esto arderá. -Su tono era grave, pero carecía de fuerza en la voz que lo apoyara.

Estela arrimó la cara a su oreja para hablar en un susurro:

-No sé de qué me estás hablando. No entiendo por qué tienes que estar tan nerviosa. Pensaba que cuando te conociese querría parecerme a ti, pero me estás decepcionando. -Sabía que Eva podía sentir su aliento.- Yo también les odio. Tanto como tú. Se porque mataste a tu novio y porque los matarías a todos. Porque yo lo habría hecho ya de ser tú.

Eva cerró los ojos. Aunque no lo viese podía sentirlo igualmente. Y sus manos temblaban ante su cercanía. El deseo había alcanzado su punto más doloroso, pero más insoportable aún era la rabia que la volvía contra sí misma.

-Yo no poseo armas tan poderosas como las tuyas -continuaba Estela-. Pero al menos las que poseo las utilizo contra ellos, y no a su favor. A mí me toca el trabajo sucio. Es duro y lleva su tiempo pero, ¿sabes con cuántos cerdos sería capaz de terminar por mi cuenta? Es siempre tan fácil como lo está siendo contigo. Sólo que no tengo nada contra ti. Al contrario, todo lo que poseo está a tu favor. Y tú te resistes como una colegiala cuando eres la única que no tiene absolutamente nada que perder con esto.

Se había pegado a su cuerpo y los pechos bajo la seda negra rozaban ahora los

suyos. Eva permitió que sus ojos se abrieran. Bajó la mirada y la posó sobre el hombro de suave caída y piel blanquecina. La caricia del cabello en su mejilla era más de lo que podía soportar. Estela había dejado de hablar, o su voz se había transformado en un ronroneo apagado. De pronto todo parecía cobrar una mayor profundidad. El calor era tan sofocante como nunca antes lo había sufrido. El zumbido ya no sonaba fuera sino dentro de su cabeza. Los olores que hasta el momento hubiese dejado pasar, la gasolina, el aire viciado, los cuerpos en descomposición, penetraban en sus pulmones como una sustancia venenosa contra la que sólo existiese un antídoto posible.

Dejó deslizar la mano entre sus piernas y sólo el contacto con el muslo ya supuso una sensación extremadamente liberadora. Sus dedos se movieron sin prisa, levantando a su paso el borde del camisón, alcanzando los pliegues y sintiendo el cosquilleo del cabello encrespado. Demasiado separados entre sí para sólo quince años.

Estela separó un poco la cabeza. Por primera vez sentía el deseo de mirar a los ojos de quien la iba a joder. Su boca se mantenía algo entreabierta, asomando en la penumbra unos dientes pequeños y muy blancos. Al entrar el primero su labio inferior tembló de manera casi imperceptible. Fue el único movimiento que llegó a perturbar sus facciones. Simplemente deseaba mirarla, y los crudos trazados de Eva también se mantendrían inalterables para ella.

El índice se apretó al corazón. Eva no sabía muy bien si la falta de reacciones en Estela se debería a la pasividad o a alguna otra razón que por el momento no alcanzase a ver. Pero sólo aquella ligera vibración del labio ya era suficiente para bloquear la vuelta atrás. A excepción de la mano, su cuerpo había permanecido totalmente quieto, y podía notar como la rigidez se iba perdiendo a la par que el sudor que emanaba por los poros de su piel. La sensación cálida, agradablemente viscosa, se ramificaba a través de sus extremidades y hasta sus entrañas.

El grupo aumentó con la llegada del anular. La boca de Estela dejó escapar un breve murmullo. Eva dejó de pensar. Gozaba sintiendo la mirada de Estela, fija en la suya, dominante. Afuera, bajo la mano dura e inflexible del sol, se sentían ya los motores que ascendían desde la carretera. Eva se los imaginó por un momento dentro de sus coches, vislumbrando la casa al final del camino tortuoso flanqueado de matojos. Los vio con más claridad y experimentó toda la rabia impotente y la frustración que durante tanto tiempo había permitido la matase por dentro. No tenía importancia, si no la había tenido hasta entonces. Como nunca la tendría.

El grueso penetrante apretaba a lo alto con fuerza contenida, y el cuerpo de Estela era lánguido, como mecido en el vacío sin que nada ni nadie pudiese percatarse de ello. Eva los veía ahora deteniéndose frente al soportal. El ruido de los motores cesaba, el polvo denso flotando alrededor, las puertas se abrían al unísono con firmeza. Ellos eran figuras negras plantándose sobre el terreno.

De repente la mano ya no estaba. Estela la sintió reaparecer sobre su pecho y cómo la empujaba para atrás con violencia. Sus pies trastabillaron. El cuerpo cedió en el aire, sin energía que lo sustentase. Tropezó con el brazo de un sillón y cayó sobre el asiento, las rodillas levantadas, en una postura de muñeco desarticulado, el gesto torcido en un pavoroso desconcierto. Su pecho dio violentas sacudidas.

Eva seguía en su sitio.

-Vístete, niña. Tu padre no quiere ver a una puta.